

# EL COMPLEJO DE MOISES

**F**REUD era judío. Jamás pensó en ocultarlo. Incluso lo proclamó en voz alta más de una vez. Nadie que conozca a Freud ignora su ascendencia judía. También lo eran todos sus primeros discípulos. En cuanto a otros más tardíos se puede decir que eran judíos en su mayor parte. E incluso hoy —por más que parezca indecente esta contabilidad— es casi seguro que siguen siendo mayoría. El psicoanálisis está profundamente marcado por ese sello original, mucho más, por ejemplo, de lo que lo están el marxismo o la relatividad, dos teorías que parecen ser fruto, como aquél, de un encuentro histórico: el del pensamiento y la ciencia occidentales, llegados a un cierto estadio de su evolución, con ciertos espíritus a los que el liberalismo europeo extrajo de sus «ghettos» seculares.

A finales del pasado siglo, por ejemplo, en las pequeñas comunidades de la Europa Central los ricos mantenían escuelas en las que los jóvenes sin fortuna podían seguir estudios talmúdicos. Los fondos se distribuían, sin embargo, con cierta mezquindad y de un modo un tanto irregular, por lo que aquellos jóvenes no comían todos los días de la semana. Dedicaban, eso sí, todo su tiempo al estudio y discusión de los libros santos. Salvo en los retretes, donde se leían sólo libros profanos, obras científicas y de Historia. No por desprecio hacia esas disciplinas, sino porque en ningún caso podían leerse, ni siquiera meditarse, en esos lugares los libros sagrados. De estas escuelas, llamadas Yeshivoth, salieron a principio de siglo jóvenes hábiles en la dialéctica, ejercitados en el análisis más riguroso de los textos y entrenados en los debates más difíciles. De ahí saldrían gran parte de los cuadros intelectuales de la revolución, los mejor armados dialécticamente.

Marthe Robert, que evoca esta historia (\*), trata de descubrir en el psicoanálisis —y a través de la figura y el pensamiento de Freud— un proceso idéntico. Intenta establecer cómo en cierto modo el joven Freud surgió del seno de la cultura judía para aportar a la psicología moderna los fermentos del «espíritu judío», y por qué fue precisamente Freud en aquel momento de la historia de Viena y de los judíos occidentales quien inventó el psicoanálisis.

Definir el «espíritu judío» es poco menos que imposible, pues se corre el riesgo de incurrir en un esquematismo fácil y dudoso.

Ese espíritu —ya lo afirmó el propio Freud— parece irreductible a todo análisis. Se ha intentado comparar las estructuras eventuales del pensamiento talmúdico y las del pensamiento analítico, pero eso equivale a establecer un catálogo de sus semejanzas: el interés por el estudio de los sueños, el papel del padre, el gusto de la parábola, del símbo-

lo y de su desciframiento, etcétera. Equivale a aislar un poco arbitrariamente ciertos aspectos del pensamiento freudiano para remitirse a un «espíritu talmúdico» no más específico que el «espíritu judío». Y significa sobre todo olvidar que Freud era un judío impío, que proclamaba abiertamen-

te su propia ignorancia en materia de judaísmo, y que, por inverosímil que parezca, se afirmaba incapaz de leer la dedicatoria escrita en hebreo en un libro que le regaló uno de sus discípulos.

Jacob Freud, padre de Sigmund-Salomon, había dado ya el primer paso hacia la «asimilación». Sus hijos no recibieron de él sino la forma sin contenido de un ju-

daísmo que, a sus ojos, sólo se manifestaba a través de modelos de conducta y preceptos sin fundamento aparente. Inculco al mismo tiempo en relación con el humanismo occidental. Jacob Freud era lo que Kafka, víctima de la misma situación, llamaba con rencor un «padre difuso». De la ma-

dre de Freud, de la que éste apenas hablaba, sólo se sabe que jamás llegó a hablar bien el alemán.

Es lícito preguntarse entonces qué podía dar testimonio en Sigmund Freud de su judaísmo original: en Freud, a quien el liberalismo había concedido idénticos derechos que a cualquier otro ciudadano del Imperio austro-húngaro (donde se había intentado la federación igualitaria de colectividades distintas, aunque aceptadas como tales), que se había beneficiado de esos derechos para convertirse en un escolar modelo, en un brillante universitario y en un investigador audaz y para adquirir todo lo que la educación y la instrucción de la época podían ofrecer en materia de cultura humanista a un joven de talento. Es lícito preguntarse de qué modo ese joven estudiante tentado por el nacionalismo alemán, ese médico racionalista apasionado por Roma y Atenas, ese hombre ávido de conseguir los títulos y honores distribuidos por el Estado austríaco podía seguir siendo judío.

En primer lugar —dice Marthe Robert— Freud se beneficiará de esa doble pertenencia, de ese «nadar entre dos aguas». Renunciando, aunque sin poder renegar totalmente de ella, a la cultura tradicional de sus padres, adoptando, aunque sin hacerla totalmente suya, la cultura de los «otros», Freud, y con él todos los que vivieron la aventura, exultante y angustiosa a un tiempo, de la asimilación, deja milagrosamente de ser prisionero de una y de otra. Cada cultura aniquila los prejuicios y presupuestos de la otra sin alterar, empero, lo esencial: la profunda vivencia del judaísmo heredado, el libre empleo de los instrumentos intelectuales y los descubrimientos científicos de la Europa cristiana y racionalista. Roma no anula la Biblia, pero los lazos del pasado convertían a la Iglesia en inaccesible (Freud debía ir varias veces a Italia sin alcanzar la Ciudad Eterna) y daban un carácter de irrealidad a la Acrópolis, por fin visitada. «Todo eso existe en la realidad, como nos enseñaron en la escuela».

Un cristiano que renuncia a su religión se reintegra, a pesar suyo, en una civilización embebida de cristianismo. Un judío que deja de creer, pero sigue viviendo en su «ghetto», continúa prisionero de un modo de pensar determinado. Un joven judío que renuncia a su cultura tradicional para abrazar la cultura occidental conquista a la vez una gran libertad respecto de una y de otra.

## Norbent Bensaid

lo y de su desciframiento, etcétera. Equivale a aislar un poco arbitrariamente ciertos aspectos del pensamiento freudiano para remitirse a un «espíritu talmúdico» no más específico que el «espíritu judío». Y significa sobre todo olvidar que Freud era un judío impío, que proclamaba abiertamen-

te su propia ignorancia en materia de judaísmo, y que, por inverosímil que parezca, se afirmaba incapaz de leer la dedicatoria escrita en hebreo en un libro que le regaló uno de sus discípulos.



El fundador del psicoanálisis con Martha Bernays, en 1885.

(\*) «D'Édipe a Moïse» Calmann-Lévy, París.

Esta ruptura, enriquecida por las libertades conquistadas, no es por ello menos cómoda: Freud iba a descubrirlo analizando sus propios sueños. Su libro maestro, el que funda la nueva ciencia, la *Traumdeutung* (Marthe Robert lamenta que esa palabra no haya sido traducida sencillamente por «la clave de los sueños», porque, según ella, Freud había elegido el mismo título que el de las obras «vulgares» sobre la interpretación de los sueños), será, de hecho, el análisis de una ambigüedad: el amor por su padre o por su propio pasado y, al mismo tiempo, el deseo de destruir, de suprimir lo que, en este padre y en este pasado, hace de él un judío y obstaculiza su aceptación por la «otra parte». A través de su fraudulenta ambición de acceder a una función universitaria ardientemente deseada, acceso retrasado tanto por su condición de judío como por el hecho de que no sintiese prisa por solicitarla, se manifiesta su lazo profundo con los suyos y el rechazo de esos lazos. Llegar equivale a pactar con los otros, a traicionar a los suyos. Pero este sacrificio involuntario, que le impide avanzar, hay que pagarlo en forma de sueño —y muy caro además— a quienes le retienen.

La «novela familiar» que se cuenta a sí mismo cada niño cuando, cansado de ser hijo de sus padres, se inventa una familia original, será continuada por Freud, quien se apasionará primero y de modo un tanto desconcertante por el enigma del origen de Shakespeare, y por el de Moisés después. A este último le liberará de su condición de judío para hacer de él un egipcio muerto por los judíos. Identificándose con ese Moisés, cuya estatua esculpida por Miguel Ángel le llena de espanto, con ese creador de un mundo nuevo, Freud se convierte como él, en fruto de sus propias obras. El padre es eliminado definitivamente, y queda un hombre solo, sin padre, fruto únicamente de su propia creación. Y creador a su vez, padre soberano de los que saben, hijos espirituales y discípulos. Más padre aún que su mismo padre.

Este esquema, demasiado simple y resumido, no reproduce evidentemente la riqueza del libro de Marthe Robert. Nadie más cualificado que ella para escribir este libro. Intérprete cuasi oficial —traductora al francés y portavoz— de Kafka, autora de «La revolución psicoanalítica», que sigue siendo el mejor resumen del pensamiento freudiano, germanista, Marthe Robert estaba perfectamente capacitada para abordar ese problema. El único problema es que no es judía. La autora nos describe des-

de fuera las reacciones de Freud frente a su propia condición de judío en un mundo dominado por los otros, pero no nos dice lo que en él hay de proplamente judío, lo que le hace judío al margen de su ruptura con la tradición y de la judeofobia de los otros.

Aparentemente, ni siquiera el propio Freud se planteó esta cuestión, que, sin embargo, se les planteó dolorosamente a todos los escritores judeoalemanes, de los que escribe Kafka: «(con sus) patas traseras seguían aferrados al judaísmo del padre, mientras que las patas delanteras no encontraban terreno nuevo en que apoyarse. La desesperación resultante fue su fuente de inspiración». Su testimonio vale tanto como el de Freud a la hora de dar fe de esa desesperación.

Además, lo que Freud nos dice de él en la *Traumdeutung* está relativamente trucado. Lo importante para él no es proporcionar material, sino describir un instrumento. El mismo declara abiertamente que no dirá todo lo que ha descubierto. Nada nos impide pensar siquiera que no haya descubierto todo. E incluso a partir del material puesto a nuestra disposición resulta difícil toda interpretación.

O bien se concede al Edipo un valor universal, aun cuando Freud

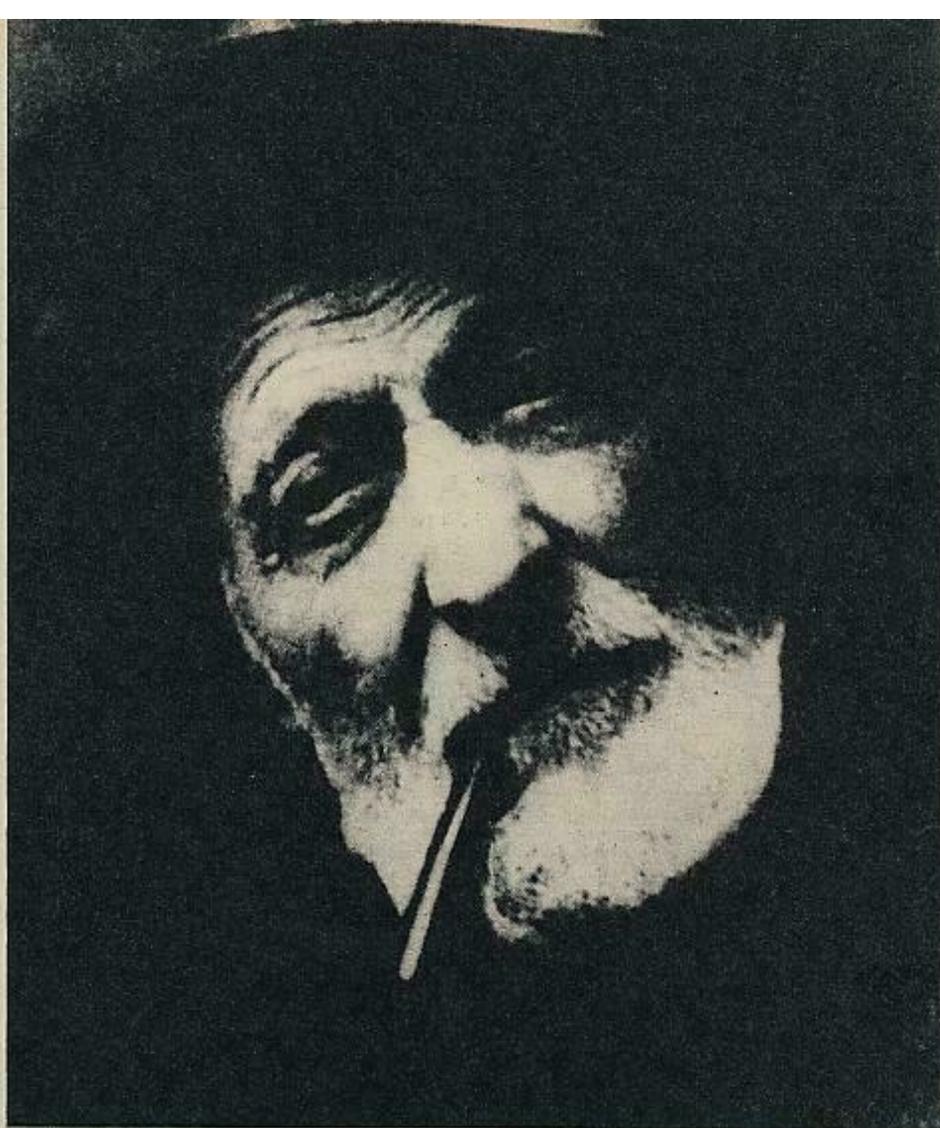
no lo haya descubierto todavía, y en este caso uno está obligado a ver en el odio del judaísmo de su padre un ocultamiento del odio edípico hacia el padre, lo que resta gran parte de su valor a los temas de la ambición frustrada y del rencor hacia el pasado. O bien se toma al pie de la letra ese rencor, y el Edipo queda reducido a la generalización abusiva de una situación demasiado particular. El deseo de parricidio sólo estaría ligado a la judeidad del padre.

Resulta, por otro lado, difícil explicar, incluso desde el punto de vista del psicoanálisis, los sentimientos de Freud a partir de acontecimientos ocurridos relativamente tarde en su vida, aun cuando él mismo los mencione con frecuencia y les atribuya un papel muy importante. El sermoneo de Jacob a propósito de las compras inconsideradas de libros, el relato que hizo a su hijo cuando Sigmund tenía entre diez y doce años del asunto del gorro (en su ciudad natal, un go le había obligado a bajarse de la acera y le había tirado el gorro al rügero, y Jacob le confesó a su hijo que se había contentado con recoger el gorro), no pueden ser lo que ha determinado la actitud del hijo frente a sus padres.

Es poco probable que su judaísmo esté en función únicamente de

la imagen que de sí mismo encontró en la mirada de los otros y su hostilidad frente al padre tenga su raíz en acontecimientos tan tardíos. Es poco probable que la eventual adquisición del «espíritu judío» sea simple fruto del estudio más o menos profundo de la lengua y la religión hebraicas. Podemos suponer —gracias a lo que él mismo nos ha contado— que desde su más tierna infancia, y a través de su familia y su entorno, se impregnó de todo lo que los constituía en judíos, y que hará de él también un judío: la tradición, una manera determinada de ser y de pensar, y el reflejo de la presencia hostil de los otros.

Queda por saber qué significa ser judío y de qué modo puede determinar tal condición un pensamiento y un descubrimiento. ¿Existiría hoy el psicoanálisis —sería lo que es hoy— de no haber sido Freud judío? Marthe Robert nos dice cómo vivió Freud lo que ella se niega a llamar su «judeidad». Nos explica cómo esa judeidad ha podido —coyunturalmente— llevarle a descubrir el odio del padre, así como el posible porqué de su obsesión por Moisés. No nos dice, sin embargo, lo que podría calificarse como específicamente judío en el modo de funcionar de su pensamiento. ■



Freud era un judío impío que proclamaba abiertamente su propia ignorancia en materia de Judaísmo.